



RODRÍGUEZ DE ACUÑA MARTÍNEZ, Cristina

Miradas cruzadas : la Casa Carvajal. -- Madrid : Ediciones Asimétricas, cop. 2025

137 p. : fot. col. y n., plan. ; 22 x 27 cm.

Bibliografía

D.L. M. 7437-2020

ISBN 978-84-17905-30-9

1. Carvajal Ferrer, Javier 2. Madrid (Comunidad Autónoma) 3. Pozuelo de Alarcón 4. Siglo XX 5. Viviendas unifamiliares

8.01 Viviendas unifamiliares

COAM 21712

miradas cruzadas

LA CASA CARVAJAL

CRISTINA RODRÍGUEZ DE ACUÑA MARTÍNEZ

miradas cruzadas

LA CASA CARVAJAL

CRISTINA RODRÍGUEZ DE ACUÑA MARTÍNEZ

ediciones  asimétricas

Este producto está hecho de material proveniente de bosques certificados FSC® bien manejados y de otras fuentes controladas.



miradas cruzadas
La Casa Carvajal

© **de los textos**
sus autores

© **de las imágenes**
© Cristina Rodríguez de Acuña Martínez
© Archivo Paco Gómez / Fundación Foto Colectania

© **de la documentación planimétrica**
© AGUN / Fundación Javier Carvajal Ferrer

© **de la edición**
© Ediciones Asimétricas, 2020 y 2025
C/ Cartagena, 164
28002 Madrid
www.edicionesasimetricas.com

Diseño gráfico y maquetación
María Fernández Hernández
Juan García Millán

ISBN
978-84-17905-30-9
Depósito Legal
M-7437-2020

Impresión
Estilo Estugraf Impresores

Impreso en España / Printed in Spain

Primera edición, junio 2020
Primera reimpresión, junio 2025

Queda prohibida la reproducción total o parcial de cualquier parte de este libro, incluida la cubierta, por cualquier medio, aun citando la procedencia, sin la autorización expresa y por escrito del editor.

- 10 **PRESENTACIÓN**
Cristina Rodríguez de Acuña Martínez
- 20 **JAVIER CARVAJAL, 1965: UN ARQUITECTO EN LA ENCRUCIJADA**
Eduardo Delgado Orusco
- 32 **PROYECTAR DESDE EL FACTOR HUMANO**
Ana Espinosa García-Valdecasas
- 46 **LLEGAR, CRUZAR, ESTAR**
Miguel Ángel Alonso del Val
- 56 **PATIO, CIELO ENCAUZADO**
Carlos Labarta
- 64 **CON EL PERFUME DE LA ALHAMBRA**
Alberto Campo Baeza
- 70 **HORMIGONES DOMÉSTICOS**
Ignacio Vicens y Hualde
- 76 **MEMORIA Y EXPERIENCIA**
Alejandro Gómez García
- 84 **SONÉ QUE SU LINDO SENO LA MORA ALHAMBRA ME ABRÍA**
José Manuel del Pozo
- 92 **LOS JARDINES DE LA CASA CARVAJAL**
Alberto Sanz Hernando
- 100 **CONCATENACIONES, ARTICULACIONES, CONJUNCIONES**
Jesús M^a Aparicio

106 SOY OTRA

Cristina Rodríguez de Acuña Martínez

- 109 Origen
- 110 Intención
- 113 Brotar
- 114 Aire
- 117 Agua
- 118 Fuego
- 121 Tierra
- 122 Asomarse
- 125 Grieta
- 126 Naturaleza
- 129 Legado
- 130 Familia
- 134 Trascender
- 137 Epílogo
- 139 Agradecimientos

miradas cruzadas

LA CASA CARVAJAL

presentación

CRISTINA RODRÍGUEZ DE ACUÑA MARTÍNEZ

La idea de escribir este libro surgió a partir de la relación con Ana García Valdecasas, sobrina de Javier Carvajal, que trabajaba en su tesis doctoral sobre la casa que el arquitecto diseñó y construyó para él y su familia entre 1965 y 1966 en Somosaguas, Madrid. Con Ana constaté, por mi condición de habitante de la casa desde 1996 con ciertas intermitencias, algo que intuitivamente percibía sin ser capaz de verbalizarlo o de darle forma. Ella me ayudó a tomar conciencia del valor de esta arquitectura memorable y trascendente, así como a encontrar miradas que me ayudaran a fijar el espíritu de la casa. Con el procedimiento de la fotografía pude dar forma a muchas sensaciones que pensé subjetivas y que tenían que ver con cómo se viven los espacios, con el tiempo, según las estaciones o las horas del día, con formas y materialidades, con la casa llena

de gente o vacía, para, finalmente, descubrir que todas ellas eran inherentes o partían de la propia arquitectura.

Surgió entonces la necesidad de llevar a cabo un proyecto más ambicioso que se fue concretando poco a poco tras la triste pérdida de Ana, gracias a la ayuda de amigos arquitectos que gestionaron la inestimable colaboración de personajes con una relevante trayectoria profesional y académica en el ámbito de la arquitectura, dispuestos a llevar a cabo un justo homenaje al arquitecto D. Javier Carvajal a través de su casa. La aportación de sus reflexiones en forma de artículos en torno a la casa, al arquitecto y al contexto de la época es realmente magnífica y, como sucedió con Ana, han multiplicado mis expectativas en relación con ella, conformando un documento completo

que se configura como homenaje y legado a la vez, para acompañar, documentar o instruir a sus habitantes a lo largo de los tiempos.

Mi más sincero agradecimiento por todo ello a Begoña López, Eduardo Delgado Orusco, Ana Espinosa García-Valdecasas, Miguel Ángel Alonso del Val, Carlos Labarta, Alberto Campo Baeza, Ignacio Vicens y Hualde, Alejandro Gómez García, José Manuel del Pozo, Alberto Sanz Hernando y Jesus María Aparicio, todos ellos entusiastas arquitectos implicados en este proyecto.

Recuerdo que mi madre mostraba una ilusión desbordante el día en que, por fin, íbamos a visitar la casa que había estado persiguiendo los últimos dos años. Mis cinco hermanos y yo estábamos expectantes. Era un frío día de invierno madrileño de 1996 y, según entrábamos, parecía llegáramos a una cueva poseída por la naturaleza. Caían enredaderas por todas partes y teníamos que retirarlas con las manos. Semillas, plantas y troncos se habían incrustado entre paramentos de hormigón, puertas y ventanas, como una ruina por siglos abandonada y transformada en naturaleza. La propia casa parecía desvelar el deseo de pertenencia a esta tierra en la necesidad de conectarse al lugar con un perfecto ajuste a ladera y orientaciones. Esa imagen quedó siempre en nosotros, la imagen de una casa que funcionaba como contenedor de naturaleza.

Mi abuelo fue a México a trabajar como tantos hombres de Asturias. Empezó cuidando vacas, tenía la fuerza de un león y era bastante dicharachero, una combinación perfecta para

el éxito. A mi abuela mazatleca la conoció allí. Tuvieron cinco hijos, a las niñas les proporcionaron una exquisita educación en Londres. Mi madre pasó allí bastantes años y creo que es por ello que tiene un espíritu esculpido en rectas. Su manera de hablar, su postura, su sonrisa, son atributos externos firmes y elegantes, pero por dentro, como la casa, tiene una dulzura y una calidez que no he visto en nadie. Para acceder a ella hay que adivinar la entrada por los ademanes de los muros a media altura que te conducen en bajada hasta descubrir la puerta. Puerta de bonitas formas cubistas talladas que te abre a otro mundo, a otra realidad en la cara opuesta. Un precioso patio te recibe en medio del espacio amplio y se inicia un fluir dinámico que configura un tránsito en forma de ocho, alrededor suyo y de un segundo patio. Patios azul y verde de agua y árbol que organizan los accesos a zonas de salones, dormitorios y cocina.

Es fácil moverse en ese espacio abierto y tallado en niveles, moverse con los dedos en los ojos que palpan y sopesan paramentos, machones, intersticios, solados, tragaluces, carpinterías y cielos rasos. Son todos ellos elementos dinámicos que van hilvanando espacios cuyos límites quedan voluntariamente indeterminados. Desde la misma entrada a la casa se atisba su complejidad y riqueza espacial de una forma total, con el patio que te encuentra y los tres peldaños que te conducen al estar cuya ventana panorámica te saca casi desde la entrada al exterior, a la terraza tallada, con fuente y fuego, que avanza como sólido basamento de la casa en mitad del jardín. La naturaleza entra y sale de la casa, es como un eco y como ella; uno está dentro y fuera en un paso. Me pregunto en relación

con las fuentes, los patios, el jardín y el sonido del agua, si el arquitecto pensaba que seguimos teniendo el desierto de nuestros ancestros árabes dentro del alma.

Del otro lado de la entrada veo el mural con muebles integrados y el acceso a la cocina, esta siempre a punto para sacar alimentos en bonitas bandejas decoradas con brocados para servir a los invitados que vienen continuamente.

El segundo patio es más privado y un poco más amplio. Da al comedor abierto pero más en alto, también al estar de mis padres y al de los niños, comunicados entre sí por un bellissimo pasillo con ventanas salteadas que dejan ver jardín y patio de un lado y de otro. Sus paredes son como membranas de un conducto cuyas vistas permanecen abiertas o cerradas según nuestra voluntad o lado. Sucede en general, en la casa, que alcanzo a atravesar espacios enmarcados por dos o tres puertas-ventanas, unas detrás de otras, como vitrinas en un museo. Son recorridos mágicos, imposibles para los pies, solo reservados a la mirada.

Me gusta imaginar que lo primero que buscó Carvajal tras reconocer la tierra, fue un lugar donde prender el fuego y, una vez encontrado, elevar un rezo con una plegaria pidiendo fuerza e inteligencia para llevar a cabo algo realmente importante para su familia. Modeló el fuego interior como una chimenea bisagra que articula los espacios en dos niveles y entre los dos patios, permitiendo disfrutar de él al ras o más en alto. Es como una escultura entre chimenea y peldaños presente en un ámbito amplio de la casa. El fuego exterior también fue

conformado como escultura mural que expande lo de dentro afuera y configura la terraza como una gran sala con el cielo de bóveda.

La casa se va acoplando en el territorio de manera orgánica, como ramificada y cualifica ámbitos diferenciados según las estancias. Los muros, como sucede en el interior, se van aligerando, convirtiéndose en tapias de patio, petos y aleros con profundas líneas de sombra que parecen disolver la materia. Todo sucede como en un fluir continuo y natural, sin saber diferenciar el dentro del fuera. Los materiales siempre vinculados a la tierra en solados de cerámica o piedra y paramentos de hormigón con encofrado de tabla de madera. Este material, el hormigón, es un material muy duro que se moldea a voluntad en su origen, resistente al paso del tiempo, aunque su huella queda en él. La relación que he tenido con este elemento no fue fácil al principio, pues uno debe aprender a convivir con él, a valorar su presencia, así como a entender su esencia de perdurar en el tiempo que hace que parezca viniera de muy lejos y te repite un “para siempre” que es difícil de asumir.

Fuimos una familia de compartir tele, series, sueños, comida, conversaciones, preocupaciones y las manos de mis padres con sus caricias. Las familias numerosas se hacen a base de compartir y de consumir lo justo, es una receta que casi garantiza la felicidad. Esta casa parece asumir esa filosofía en sus espacios parcialmente solapados, que permanecen separados y abiertos a la vez, relacionados entre ellos pudiendo adivinar por dónde anda el que generalmente se

levanta a por algo de comer, o escuchar los pasos del que suele deambular, las risas de la llamada de teléfono a lo lejos, una conversación sobre la clase de economía con un hombre magistral que era mi padre o el susurrar elegante y cariñoso de mi madre.

La forma multiplicada de la casa permite una mirada a diferentes distancias y un conocimiento del otro a capas, a partir del sonido de sus pasos, su movimiento en el horizonte o el cruce a través, al otro lado del patio. Diría que es como una relación que va atravesando membranas. En esta casa uno va como recogiendo pedazos de una onda que cada persona va generando y se va tamizando permitiendo la distancia justa para preservar la intimidad en la familia.

Recuerdo en mi adolescencia que dormía en el cuarto de la ampliación que proyectó el mismo Carvajal, que hasta la cintura está bajo tierra. Un movimiento habitual del que tiene terraza es apoyar los brazos en la barandilla y observar el paisaje. Yo miraba el paisaje con los brazos apoyados en el pasto del jardín y mi cuerpo permanecía por debajo de la tierra. Es una relación diferente estando al ras, viendo la tierra desde la tierra, el reflejo del atardecer sobre el césped, su rebote en mi cara y el olor de la hierba, con las manos entretenidas con caracoles y hormigas. Muy por arriba, los tres ciruelos pintando el aire de rosa sin fin. La escapada a la cubierta ajardinada era otro lugar favorito en la noche para fumar un cigarro, para confidencias de hermanos o para encontrar un momento de soledad a escondidas, sin que nadie supiera dónde estaba.

Supongo que de alguna manera entiendo mi habitar aquí casi como ese moverse en espacios Montessori, que en cierto modo te educa, te transforma. Los amigos de los niños entran y se desparraman como agua por la casa, recorriéndola libremente y aprendiendo de una estructura que te invita a ser conocida y reconocida en su continua transformación por el territorio. El espacio nos va amparando gentilmente en un lugar siempre distinto.

Probablemente a mi madre le pasó con esta casa como conmigo, que la sintió antes de verla y después la encontró. Se atrevió a soñar y encontró un lugar ideal. El jardín anhelado que hiciera sentirnos naturaleza, una casa cuya fortaleza y firmeza asentara el discurrir de la familia y preservara el respeto a los mayores y la honra de los ancestros. Probablemente quiso que nuestras almas tuvieran aquí esa relación con Dios que busca el camino de luz y también nos imaginó corriendo como el discurrir libre del agua que suena en las fuentes. Con certeza soñó que nos lleváramos bien sin dejar de ser nosotros mismos, como sucede en la casa, donde cada pieza conforma una unidad que se articula en el engranaje de la totalidad. Casi como una escultura tomó mi madre esta casa, como un tesoro, que amó y preservó desde su llegada, construyendo toda una vida entre casa y familia, asumiendo y entendiendo el legado del arquitecto en esta obra que trasciende por su ser y por su bien vivir, el bien vivir de la casa.



EPÍLOGO

Cuando una obra se ha creado para su permanencia es necesario que permanezcan ojos como los de mi madre, capaces de animar una escultura con tal seguridad y fervor que la vida se ordenó para poner esta escultura en sus manos, para su disfrute y salvaguarda. Mientras existan soñadores capaces de creer en estas obras, ellas se mantendrán y se abrirán como crisantemos para regalarnos nuevas perspectivas y niveles de conocimiento que atraviesa al hombre y porque el arte es una expresión superior que nos ayuda a profundizar en el entendimiento de la vida.

El tiempo pasa y las etapas también. Esta casa ha construido toda una vida con nosotros pero ahora mi madre ya es otra persona, con otras necesidades. Atrás una memoria infinita y delante una ventana con vistas y un espacio más reducido. Un día a día más independiente, de lecturas y escrituras, de calles, teatros y exposiciones. Más anacoreta, con nuevos muebles y objetos muy seleccionados heredados de la etapa anterior. Un día a día construyendo nuevas historias, un volver a conocerse y reconocerse en otro lugar y cualquier edad. Quiere empezar de nuevo con sus siete cicatrices y su medio corazón sabiendo que todos estamos para ella. Todo es diferente

y lo describe con cariño y la fuerza que extrae del hormigón, que ya es su piel. Una mujer nueva más brillante que nunca, construida de luz y reconstruida en sombras. Ella ya ha trascendido este lugar y con ella todos nosotros. Ahora busca unas nuevas manos que valoren la escultura, el legado de ella y de mi padre, del indudable maravilloso arquitecto Javier Carvajal, y de todos los que la habitaron y fueron dejando partes de sus vidas en ecos, hasta sordos a veces, que permanecen en memorias de estas paredes.

Es este un libro original, misceláneo, rico y distinto, que propone al lector un recorrido poco frecuente a través de una vivienda poco convencional, proyectada y construida por Javier Carvajal —uno de los grandes arquitectos de la segunda mitad del siglo XX— a mediados de los años 60 en Somosaguas. La medida de la singularidad de esta Casa Carvajal la da el hecho de que Carlos Saura la utilizase como escenario de su película *La madriguera* —revelador título del papel asignado a la arquitectura— en la que la casa interviene, silenciosa y a la vez omnipresente, con la fuerza de un personaje más del drama.

Este recorrido se establece a partir de un complejo cruce de intenciones, visiones y vivencias distintas que pivotan sobre tres fulcros de carácter bien diverso: el proyecto propio, el análisis disciplinar y la experiencia vital. Así, encontraremos la mirada del arquitecto exigente que proyecta su morada como ejercicio de máxima depuración arquitectónica, proponiéndose a sí mismo para experimentar personalmente el resultado —honestidad que distingue a los que arriesgan más, a los que se comprometen de verdad y lo apuestan todo a una carta, la suya—; las miradas afines de varios arquitectos (Alberto Campo Baeza, Ignacio Vicens, Del Val, Alejandro Gómez García y Eduardo Delgado Orusco entre otros) que se formaron en las enseñanzas del maestro hasta alcanzar, hoy día, relevantes puestos en la vida académica y profesional y que, a medio siglo de distancia, comparten con el lector recuerdos, análisis y valoraciones; y la de la habitante actual, Cristina Rodríguez de Acuña Martínez, prometedora fotógrafa que desde hace una docena de años habita en esa casa y que, interpelada por la fuerza de sus muros de áspero hormigón, sus frescos patios íntimos, sus cambiantes luces y sus recorridos fluidos e interminables, la ha retratado incansablemente con sus máquinas fotográficas, revelando la mirada fenomenológica y verdadera del que percibe en el propio cuerpo los efectos que la arquitectura provoca a lo largo de los días y las noches.

En definitiva, es este un libro en el que la arquitectura se ha mirado con afecto, atención, sensibilidad y conocimiento. Un libro lleno de arquitectura que se vive, se experimenta, se goza, se padece. Y, en ocasiones, también se sueña.

